

SEGUNDA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

EN LA CUAL SE TRATA

DE LAS EXCELENCIAS DE NUESTRA SANCTISIMA FE Y RELIGION CRISTIANA.

CAPITULO PRIMERO.

Que no pueden los hombres vivir sin fe; y de dos maneras de fe, una adquisita, y otra infusa.

Esta es, dice el Salvador hablando con su eterno Padre, la vida eterna (a), que conozcan á tí solo verdadero Dios, y á Jesucristo que tú enviaste al mundo. Esta breve sentencia es como un sumario de toda la filosofía cristiana. Mas es aquí de saber, que las dos principales obras por donde venimos en conocimiento así del Padre como del Hijo, son la obra de la creacion del mundo y de la redempcion del género humano. Las cuales dos obras son los principales artículos de nuestra fe, y los principales fundamentos de toda la doctrina cristiana, para cuyo conocimiento se ordena toda la presente escritura. Mas porque el conocimiento destas dos obras ha de ser por fe (porque deste habla el Salvador), será necesario tratar primero de la fe que tambien es el primer fundamento desta doctrina; y así ella es la primera palabra del símbolo de la fe, que comienza, CREO.

Mas ántes que tratemos de la fe será necesario declarar primero cómo en esta vida no podemos vivir sin alguna manera de fe, que es creer muchas cosas sin haberlas visto, ni sabido la razon dellas. Lo cual testifica Sant Augustin en el libro sexto de sus Confesiones (b), declarando el estado miserable en que su ánima estaba ántes que recibiese la fe, por estas palabras: Así como el que cayó en manos de algun mal médico, no se osa fiar ni aun del bueno: así mi ánima, que tantos malos médicos y maestros habia experimentado, no se osaba entregar al bueno, que mediante la fe la habia de sanar. Mas tú, Señor, con tu mano mansísima y clementísima, poco á poco comenzaste á tratar y componer mi corazon, haciéndome que considerase cuántas cosas creía que no habia visto, ni halládome presente cuando se hacian: como son muchas cosas que hallamos escritas en las historias de los gentiles; y muchas de los lugares y ciudades que yo no habia visto; y muchas otras, en las cuales daba crédito á los amigos,

(a) Joan. 17. (b) August. cap. 4. et 5.

Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.

Psalm 92.

Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et pace in credendo.

Rom. 15.

y á los médicos, y á unos y á otros hombres; las cuales cosas si no fuesen creidas no se podria gobernar la vida humana. Y sobre todo esto por cuán cierto tenia quién eran los padres que me engendraron; lo cual no podia yo saber sino oyéndolo á otros. Con estas cosas, Señor, me persuadiste, no solamente que diese crédito á las santas Escrituras, las cuales fundaste con tanta autoridad en todas las gentes, mas aun que tuviese por muy culpados á los que no las creyesen. Y por tanto, como yo fuese insuficiente y flaco para hallar la verdad con manifiesta razon, y por esta causa tuviese necesidad de la autoridad y testimonio de las letras sagradas, comencé luego á creer que no era posible que tú diceses tan grande dignidad á estas letras en el mundo, sino porque mediante ellas querias ser creído y por ellas buscado. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

Presupuesto pues ya este fundamento, que no se puede pasar esta vida sin alguna manera de fe, decenderemos á tratar en particular de la fe cristiana. Para lo cual será necesario declarar qué cosa sea fe, y cuántas maneras hay de fe.

Pues para lo primero es de saber, que hay dos maneras de fe: una que llaman adquisita, y otra infusa. La adquisita es la que se adquiere por muchos actos de creer, cual es la que tiene el moro ó el hereje, que por la costumbre que tiene de dar crédito á sus errores, viene á afirmarse tanto en ellos, que apenas hay medio para desquiciarle de lo que tantas veces tiene aprehendido. Mas fe infusa es la que el Espíritu Santo infunde en el ánima del cristiano, lo cual comunmente se hace en el santo bautismo, donde juntamente con la gracia se infunde la fe, y con ella todas las virtudes que de la gracia proceden. Esta es una especial y sobrenatural lumbrera del Espíritu Santo, infundida en el entendimiento del cristiano, la cual lo inclina eficazmente á creer lo que la Iglesia le propone, sin ver la razon en que se funda. Porque lo que hubiera de obrar la razon si la hubiera, eso mismo obra por mas excelente manera aquella invisible lumbrera del Espíritu Santo. Lo cual se ve en la

constancia de los sanctos mártires, y particularmente en muchas mujercicas simples, y mozos de poca edad: los cuales sin saber los fundamentos y razones de nuestra fe estaban tan firmes en ella, que se dejaban martirizar y despedazar por la verdad y confesion della. Pues esta tan grande certidumbre y firmeza que tenian, obraba en ellos esta lumbrera de fe que decimos.

Mas es de saber que con tener la fe esta firmeza y certidumbre infalible (porque se funda en la primera verdad, que es Dios, el cual nos reveló todo lo que creemos), con todo eso no tiene claridad y prueba de razon; porque es de cosas que sobrepujan toda razon, como es el misterio de la sanctísima Trinidad (c), y de la encarnacion del Hijo de Dios, con todos los otros artículos de la fe, que nuestro señor Dios tuvo por bien revelarnos, sin la cual no era posible que la razon humana los pudiese comprehender. Y por esto dice el Apóstol (d), que la fe es de las cosas que no se ven: esto es, de las que no se alcanzan por sola razon, sino por revelacion de Dios. Y en subjectarse el entendimiento á que crea por fe lo que no alcanza por razon, está el merecimiento della. Lo cual declara el mismo Apóstol por ejemplo de Abraham: al cual siendo de edad de cien años, y su mujer Sara de noventa, y estéril, prometió Dios que daría un hijo (e), lo cual por via de naturaleza era imposible. Mas el sancto patriarca, aunque no veía razon para esperar tal fructo, creyó fielmente la palabra de Dios. Y fuéle esta fe reputada y contada por merecimiento y obra de justicia; y así lo será á todos los que con semejante fe y devocion creyeren lo que Dios nos ha revelado: de tal modo que cuanto la cosa que se nos propone fuere mas remontada, y encubrada sobre toda razon, tanto será mayor el merecimiento de la fe. En la cual dice Sant Crisóstomo (f) que ha de estar el siervo de Dios tan constante, que aunque le parezca haber contrariedad en las cosas que Dios dice, no por eso las ha de dejar de creer. Y pone por ejemplo la fe de este mismo patriarca (g): al cual habiendo Dios prometido que de su hijo Isaac nacería gran número de gentes (h), mandó que lo sacrificase ántes que el mozo tuviese hijos. Pues ¿qué cosa pudiera ser á juicio humano mas contraria una á otra? Pero ni aun por eso el sancto varon perdió la fe de la promesa divina: creyendo que despues de muerto el hijo, Dios lo resucitaria para que se cumpliese su promesa.

Pues para todos los misterios de nuestra fe basta la autoridad de Dios, que es el autor della, sin procurar mas razon. Pitágoras (como refiere Valerio Máximo) era tenido de sus discípulos en tanta veneracion, que tenia por grande culpa poner en disputa las cosas que dél habian aprehendido. Y si alguno los obligaba á dar razon de lo que defendian, no daban otra mas que la autoridad de su maestro, diciendo: El lo dice. Y otros añaden que este estilo conservaban por espacio de siete años, segun el número de las siete artes liberales; porque ya entónces les era lícito disputar. Pues si esta reverencia se tenia á un filósofo, ¿cuánto mas se debe tener á aquella primera y summa verdad, para no querer escudriñar curiosamente los secretos de la fe que él nos enseñó? Lo cual quiso él figurar, mandando en la ley (i), que cuando los sacerdotes ó levitas envolviesen las alhajas del Santuario para mudarse de un lugar á otro, no las mirasen con

(c) D. Thom. 5. dist. 23. q. 2. art. 4. questiunc. 1. ad 3.
(d) Hebr. 11. (e) Gen. 15. (f) In cap. Genes. 22. Hom. 47. tom. 1. (g) Ubi supr. (h) Genes. 22. (i) Num. 4.

curiosidad ántes que las envolviesen; porque haciendo lo contrario morirían por ello. En otras cosas que vedaba decia (k): Porque por ventura no mueran los que lo contrario hicieren; mas aquí resueltamente dice, que morirían. Lo cual á costa suya experimentaron los betsamitas (l): porque llegando el Arca del Testamento de la tierra de los filisteos á la suya, quisieron mirar con alevosidad curiosidad lo que en ella habia, por el cual pecado mató Dios gran número dellos. Esto pues nos sea escarmiento, para no dar lugar á que en nuestras ánimas haya alguna curiosidad, queriendo escudriñar con razon humana las cosas que están sobre toda razon. Porque donde Dios habla, habemos de humillarnos y abajar las alas de nuestro entendimiento, como lo hacian aquellos sanctos animales de Ezequiel (m) cuando sonaba la voz del cielo.

Mas no piense nadie que por ser las cosas que creemos sobre toda razon, nos movemos livianamente y sin fundamento á creerlas. Porque muy bien se compadece ser las cosas que creemos sobre razon, y ser muy conforme á razon que las creamos, cuando vemos la verdad dellas confirmada con algun milagro, ó cosa equivalente. Porque los que creyeron en Cristo nuestro Señor, cuando le vieron resucitar á Lázaro, justísima causa tuvieron para creer. Y la misma tuvo Nicodémus, viendo los milagros que el Salvador hacia. Porque como los milagros sean obra de solo Dios, cuando se hacen en testimonio de alguna verdad, Dios es el testigo della; cuyo testimonio es infalible. Pues la fe y la religion cristiana está aprobada y confirmada con tan grande lluvia de milagros, y lo que mas es, con la verificacion y cumplimiento de tan claras y evidentes profecías, y con otros testimonios, así de innumerables mártires, como de doctísimos y sanctísimos varones, que pudo con mucha razon decir Ricardo de Sant Victor: Pluguiese á Dios que mirasen los judíos y los paganos, con cuánta seguridad podemos los cristianos presentarnos en el juicio divino. ¿No os parece que podríamos confiadamente decir: Señor, si es engaño lo que creemos, vos sois la causa dél? Porque por tales señales y prodigios fueron testificadas y probadas las cosas que creemos, que era imposible ser hechas, sino por vos. Así que, por estas causas no se puede decir, que lijera ó livianamente creemos, sino con gravísimos fundamentos. Por lo cual dicen muy bien los teólogos, que la verdad de los misterios de nuestra fe no es clara y evidente (pues la fe es de las cosas que no se ven), mas es cosa clara y evidente que deben ser creidos.

Tambien es aquí de advertir, que esta fe infusa de que hablamos, no quiere Dios que se pierda por cualquier pecado mortal, sino es contrario á la misma fe: como es herejía ó apostasia. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, así como derribada la casa todavía quedan los cimientos enteros, así derribado el edificio espiritual de las virtudes por el pecado mortal, todavía queda el fundamento de la fe entero, y junto con él la esperanza compañera de la fe, aunque quedan informes: que es sin la vida y perfeccion que la caridad les da. Mas aquí tambien es de notar, que la mas firme y segura guarda que tiene la fe, es la pureza de vida, y la buena consciencia. Porque como la fe mueva los hombres á bien vivir, si la tenemos ociosa, y no la empleamos en esto, viene á ser della lo que se suele decir del

(k) Exod. 19. 30. 33. (l) 1. Reg. 6. (m) Ezech. 1.